

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

ASAMBLEA EN EL INFIERNO

Pues, señor, Satanás estaba sentado en su trono de fuego recibiendo cuenta de cómo se habían comportado en la perdición de almas los diablos, diablazos y diablesas (porque también hay diablesas en el infierno, como irá viendo el lector curioso), y la cuenta «no le salía».

—¿Qué traes tú?—preguntó Satán a una diablesa, jorobadilla de puro mirar al suelo.

—Yo, señor, traigo poca cosa.

¡Es posible!... Tú, doña Hipocresía, que te metes hasta en el templo. ¿no logras engañar a los mortales?

—Muy poco.

—¿Por qué?

Porque toda mi virtud maravillosa se estrella contra Cristo. Cuando El impera, mis artimañas se van al diablo.

—¿Y tú?—preguntó a un diablazo de mucha entonación y desparramo, alto, pecho hacia fuera, contoneo de «apártese usted a un lao»—y tú, hermano mío muy querido, carísimo Orgullo, ¿qué noticias halagüeñas me traes?

—Nada... La humildad de Cristo aniquila mis esfuerzos.

A pesar del cariño que el diablo mostraba a su hermano predilecto, se enfurruñó al escuchar aquella triple negativa.

Giró luego a su alrededor los ojos y los posó en una diablesa vestida de hermosura. Era la Venus de los infiernos. Esta, pues, diablesa famosa, llegóse a su monarca mandándole besos y sonrisas.

—¡Puff!..—dijo Satán haciendo ascos. Aparta, sucia. Háblame de lejos. Lujuria, que hueles a perro muerto y a algo peor.

—Señor Mefistófeles—dijo ella sin hacer caso de los piropos—, dulce señor mío: yo anego en mis olas de cieno al mundo, y los senos del infierno se hinchan cada día de mis torpes esclavos.

—Verdaderamente—confirmó Satán—tú sola me traes más gente que todos los diablos juntos.

—Y sin embargo... he de decir la verdad: también en las huestes que me

siguen hay muchísimas deserciones; porque cuando el amor de Cristo...

—¡Y dale con esel!... ¿Qué consigue el amor de Cristo?

—Señor, lo consigue todo.

—¿Cómo es eso?

—Me explicaré. Hay muchos hombres que para cerdos les falta el rabo. Esos fácilmente caen en mis redes: los instintos de mi carne me bastan para atraerlos; para estos no necesito echar mano de las dulzuras del amor. Hay en cambio corazones más levantados, nacidos para amar. A éstos les entro con ternuras, al principio inocentes; luego la pasión que estalla, después las promesas de cariño eterno... ¡Ja, ja, ja! ¡Pobretes! No saben lo que dicen. Cuando los tengo así sujetos, levanto el velo sin misericordia y caen víctimas de la carne con todas sus brutales exigencias.

—¡Oh, seductora! Y ¿cómo los engañas así?

—Falseando el amor verdadero, que debería ser el de Cristo, único amor eterno que no engaña.

—No digas eso, que me haces daño—dijo Satán llevándose la mano al corazón.

He de decirlo todo, para seguir mi razonamiento. Estos corazones cuitados que yo seduzco, si por desdicha mía conocen a Cristo—vergüenza me da decirlo—también los pierdo. Vacilan, recaen, pero esas finezas de sentimiento, que tan mal se avienen con las groserías de la carne, los lleva al fin a la fuente real del amor, que es Cristo. Por esto hay en mis filas deserciones. He dicho.

Y así diciendo se ocultó la pícara detrás del Orgullo, cuya sombra busca siempre con predilección.

—¿Y en esto terminó la perorata?—rugió Satanás.

Pasaron luego delante de él la Pereza, de lento caminar; la envidia amarilla; el Odio, echando chispas, y todos repetían la misma cantinela:

—¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!

Ya iba el diablo a «levantar la sesión», cuando vio moverse algo entre tinieblas. Era una diablesa que venía

con gran acompañamiento, haciendo inclinaciones, arrebujaada entre jirones cenicientos de humo, que le velaban la faz.

—¿Quién es esa?—preguntó Satán.

—La Ignorancia, nuestra carísima señora.

Y habló así la señora Ignorancia:

—Señor, todo cuanto habeis oído de la inutilidad de los esfuerzos de mis apreciables colegas para conquistar los mortales, proviene de que no cuentan conmigo en sus empresas.

—Si no te explicas...

—A ello voy. Poquita cosa logra la Hipocresía, poca el Orgullo, bastante la Lujuria; pero, como ellos mismos lo confiesan, todos sus poderes infernales se van a la porra. ¿He dicho algo?

—¡Demasiado!—rugió Satanás.

—Pero hay un remedio—y diablos, diablesas y diablejos se agruparon en torno de la Ignorancia, para oír mejor.

El remedio, escuchadlo bien, el remedio soy yo con mis ayudantes—y dijo mostrando una turba de periodistas, maestros laicos, sofistas embusteros, novelistas y seductores de la pluma—Estos escriben y enseñan el Error, éstos cubren de niebla la gran figura de Cristo, y cuando no consiguen ocultarlo, por lo menos lo falsifican, quién presentándolo como socialista intachable, quién como un filósofo, quién como un gran hombre y nada más, quién vistiéndolo con colores poéticos, quién falseando sus hechos con la moderna seudocrítica... El que lee a estos señores conoce a un falso Cristo, y no conociendo al verdadero, no puede ser de Cristo.

—¡Bravo!—rugieron todos.

—Esperad, que aún no he terminado. Hay otros que conocen al Cristo verdadero y, para seducir, a éstos necesito de otra estratagema, que consiste en hacer que lo olviden, que no lean su vida y virtudes, que lo ignoren.

Satanás se levantó alborozado de su trono; abalazándose a la Ignorancia, ciñola con sus brazos, y dijo:

—Tú has dicho la gran verdad.

—Me permitirá su Majestad—continuó la Ignorancia—alguna observación para la guerra práctica. Tened presente, colegas míos, que aunque en el mundo hallaréis colaboradores, hallaréis también escritores católicos, predicadores de la verdad, propagan-

distas... Contra toda esta gente, alerta, ¡alerta, compañeros! Sobre todo contra el publicista católico. Persegúidlo, difamadlo, hacédle imposible la vida; procurad que tire la pluma con desaliento, que no pueda vivir, que se olviden los buenos que tiene estómago; que muera el espíritu de propaganda oral y escrita, que se levanten escritores católicos, atrevidos, tontos; que sea cara la buena prensa y baratísima la mala; que los editores católicos estén sólo animados del espíritu comercial: que...

—¡Basta!—interrumpió Satanás—Mando que todos vosotros, súbditos, míos, os desparraméis por la tierra y os pongáis bajo las órdenes de la Ignorancia, para conseguir el olvido de Cristo. ¡Que se le ignore! ¡Que se le ignore!

Después de haber lanzado con voz formidable este doble grito de guerra, dió Satán un gran golpe con el tridente en una caldera vacía, a cuyo son estridente diablos, diablazos y diablesas alzaron el vuelo como enormes murciélagos; se sumergieron en las bóvedas oscuras y se dirigieron hacia la superficie de la tierra.

Fr. M. SANCHO

Música de negros

No se si ustedes se acordarán de aquel artículo mío que escribí hace poco en esta misma revista acerca de aquello de la frivolidad, del «jazz», del «fox» y de «la vaca lechera». Pues sepan que me ha proporcionado más de un disgusto y más de un palmetazo.

Precisamente hace unos días nada mas un amigo mío acaba de enviarme una carta de tres pliegos en que trata de convencerme de que la música de «jazz», de la que yo me burlaba en dicho artículo, es una cosa muy seria, una especie de descubrimiento genial, algo así como el de la gravitación de Newton o el de la bomba atómica. Y para corroborar su opinión me incluye en la carta un recorte de periódico donde un señor que se titula musicólogo hace de dicha música negroide una exaltada apología.

«¡Articulitos a mil!», podría yo contestar a esto parodiando aquello de «¡leoncitos a mil!» del inmortal hidalgo. Con el caso que he hecho yo nunca de las opiniones de nadie! Si les fuera a contar las majaderías que he visto escritas con letra de molde en los periódicos y en los libros...

Pero, en fin, por una vez siquiera voy a tomar en serio el articulito del musicólogo ese y a discutir alguna de sus razones, porque aunque de música no entiendo gran cosa, de sentido común sí que entiendo.

Dice el articulista, y mi amigo es de la misma opinión, que el «jazz» ha introducido en la música moderna nuevas modalidades de ritmo capaces de producir fuertes emociones en los oyentes.

No lo niego. Ese ritmo salvaje y alo-

cado propio del «jazz» es muy capaz de producir fuertes emociones y excitaciones nerviosas que algunos pueden confundir con el placer estético de la música pero quizá ignoran que esas fuertes excitaciones nerviosas las pueden producir también media docena de copitas de whisky o un latigazo en la rabadilla.

El ritmo es, desde luego, un elemento musical del que no se puede prescindir; pero por sí solo no constituye arte, como no constituyen arte por sí solos los colores de que se sirven los pintores para pintar sus cuadros. Ustedes habrán admirado más de una vez los cuadros de Velazquez o del Ticiano en el Museo del Prado y sabrán de sobra que para pintarlos habrán tenido que usar pinceles y colores; pero díganme por su vida si se les ha ocurrido nunca llamar artísticos a un bote de almagre o a un paquete de almazarrón.

No puede haber música sin ritmo, y precisamente en las bandas son los bombos y los tambores los encargados de marcarlo; pero ya quisiera yo ver la cara que ponían ustedes si les invitaran un día a oír un concierto de bombo o un solo de tambor. Que el «jazz» haya enriquecido nuestra música con ritmos nuevos será un mérito coreográfico, pero no musical. En cuestión de danzas los negros pueden habernos enseñado algo; pero en cuestión de música de ninguna manera.

Sigue diciendo el articulista que el «jazz» ha introducido también en la música moderna nuevas sonoridades hasta ahora inéditas.

Sonoridades nuevas, o ruidos nuevos!, que no es lo mismo. Y hasta es posible que esos ruidos nuevos produzcan un poco de asombro y de sorpresa la primera vez, como el verano pasado me produjo a mi no poco asombro y sorpresa ver a Joe Karson en Santander deteniendo con la mano un tranvía en plena marcha y rompiendo una gruesa barra de hierro de un papirotazo; pero dudo que eso tenga nada que ver con el arte.

No niego que un verdadero artista pueda sacar algún partido de esas sonoridades nuevas y de esos ritmos alocados para enriquecer con ellos nuestro viejo arte. Más aún: no niego en absoluto que el «jazz» sea un arte, salvaje y primitivo, desde luego, que hasta puede despertar nuestra curiosidad y producirnos cierto placer estético; pero un arte primitivo y de negros, entendámoslo bien.

Por curiosidad y alguna que otra vez no critico que se vaya a algún bochinche de Nueva York o de Río de Janeiro a ver cómo toca un «jazz» una charanga de negros; pero que los maestros de la Banda Municipal de París, de gran uniforme, se pongan con toda seriedad a tocar una zarabanda de esas en pleno bulevar me parece tan absurdo como si a Sorolla o Zuloaga se les hubiera ocurrido exponer en el Museo del Prado los monigotes que pintaban de niños en los cuadernos de la escuela.

Fr. Gumersindo DE ESCALANTE

O. F. M. Cap.

CHARLA

—Don Ramón, le encuentro a usted rejuvenecido.

—Sí, es posible, amigo Don José, el verano rejuvenece momentáneamente, luego veremos a ver que tal me sienta la vida frívola.

—Pero... Vd. a sus años... en vida frívola.

—Sí qué quiere Vd. a mis años, haciendo la vida de joven en este Gijón tan festivo.

—No le comprendo bien.

—Pues se lo explicará Vd. todo. Una nieta vino este año de Madrid a pasar el verano con nosotros. Ella es joven, quería distraerse, no tenía a nadie de su edad para que la acompañase y aquí me tiene Vd. haciendo de dama de compañía, por esos parques y playas de Gijón, protestando de todo... pero acompañándola siempre.

—Eso es mucho sacrificio para Vd.

—Y qué le iba a hacer. No tenía más que esa solución o dejarla sola. Y eso sería peor. Están muy revueltos los muchachos y las muchachas para perder de vista a mi nieta.

—Entonces tiene un gran mérito. El hacer de «carabina» siempre es molesto; pero hacer de «carabina» a sus años es insoportable.

—Y sin embargo yo cumplí honradamente con mi obligación. Me aireé bastante como Vd. pudo observar... pero quedé agotado. Cuando se vaya dentro de unos días me meto en cama y no me levanto hasta la primavera.

—Lo comprendo, lo comprendo.

—En confianza se lo digo y que no lo sepa ella: Estoy «reventao». Ya no puedo mas. Si sigo así una semana más se queda sin abuelo.

—Yo no podría hacerlo, Don Ramón, apesar de ser algo más joven que Vd.

—Por que Vd. no tiene nietas, que sino ya lo haría Vd. como lo hice yo, aunque sea a costa de los años que me queden de vida.

—Lo haría una semana, pero nada mas.

—Pues yo llevo ya dos meses. Por la mañana a la playa, saturándome de nordeste que me ponía la cabeza loca. A la tarde un pequeño descanso de siesta, luego al bar «Imperial», que Vd. ya conoce y dicen que es el que está de moda, luego algo de paseo, y lo peor, eso era lo que más me costaba a mi, las dichas verbenas. Ella era joven, quería distraerse algo y como yo no quería perderla de vista, ahí me tiene Vd. con gorro de colores, rodeado de serpentinas unas veces, otras de chorones, pero siempre con ella, eso sí. Puedo responder ante Dios y ante sus padres de que la niña no la perdí de vista ni un momento.

—Admirable, Don Ramón, admirable.

—Pero horroroso, Don José, horroroso. Sus amistades las seleccionaba yo, sus conversaciones estaban vigiladas por mí, sus amigos sabía yo que-

nes eran, los espectáculos... En fin, quedé «reventao»... pero con la conciencia tranquila.

—Y ella se aburriría en su compañía seguramente.

—No, al contrario, me llevaba como consejero, me contaba sus cosillas y sus coqueteos, se divertía como todas, pero hasta dónde correspondía divertirse a una chica honrada que tiene un concepto muy serio de su personalidad femenina en relación con las demás personas.

—No todas las chicas de ahora piensan así.

—Hay de todo, es cierto, no tan malo como algunos dicen, pues muchas saben perfectamente hasta dónde han de llegar en sus diversiones, pero mi nieta sabe administrarse como se suele decir y que en la «jerga» de hoy no se cómo se dice, pero seguramente será alguna barbaridad.

—Y a Vd. le sentó bien, juzgando por su aspecto.

—No se fie mucho de mi aspecto. Es que aún llevo la cara que me pongo cuando voy con mi nieta, o sea la de agradarle a ella y darle la sensación de que yo también me estoy divirtiendo, pero la procesión anda por dentro, y si no ya la verá Vd. salir cuando se vaya mi nieta. Me parece que entonces van a repicar bien las campanas. Ya le digo, si continúo una semana más repican a muerto.

—Ya se acaba el veraneo, pues en Gijón ya lo dan por terminado hoy precisamente.

—No me fio, esta juventud de ahora es incansable. No se ni cuando duermen, ni cuando comen. Siempre se les ve en plena diversión.

—Vaya, vaya, que parece se olvida Vd. con los años de sus tiempos jóvenes.

—Ca, de ningún modo comparables. Esto va a más, Y si siguen así... están. Ya no respetan ni los días de trabajo, ni las madrugadas, ni siquiera cuando algunas decimitas les anuncian peligro en la salud. La juventud está loca, por eso es misión de los padres o de los abuelos en cada caso, vigilar los años de locura para evitar cada uno en su casa una catástrofe.

—Y Vd. aporta su colaboración con todas las energías que le quedan para salvar a los suyos de esa catástrofe, ¿no es eso?

—Exactamente. Creo es un deber al cual hemos de sacrificar hasta la vida, si es preciso. Y yo, amigo Don José, creo sinceramente que la sacrifiqué por entero. Ese nordeste insoportable, ese aireo continuo y ese sol que nos cambia de color, y sobre todo esas veladas nocturnas, vigilando siempre, de guardia permanente, acabaron conmigo.

—Pero Vd. ha quedado tranquilo en su conciencia de abuelo.

—Eso sí. Mi deber ha sido cumplido. Hubo necesidad de recurrir a los que estábamos en la reserva y cumplimos como buenos. Si me muero que quede como ejemplo para los padres de familia que despreocupados por lo que

hacen sus hijos lamentan después las consecuencias.

—¿Y Vd...?

—Y yo, si caigo, que mucho me lo temo, será como los buenos militares... después de haber cumplido con mi honrado deber.

X.

LOS DOLORES DE MARIA

Puñal de siete dolores,
espada de siete filos,
corazón que en siete hilos
de sangre da sus amores.

De Israel la antigua usanza
siete candelas brillantes
ponía de vigilantes
el Arca de la Alianza.

Símbolo de tu pasión:
que son las siete candelas
tus siete espadas gemelas,
y el Arca, tu corazón.

Hermenegildo RODRIGUEZ

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Entrando, Jesús de Nazaret, en casa de un príncipe de los fariseos a comer el pan... y reparando como andaban eligiendo los primeros puestos, les dijo:

—Cuando seáis convidados a bodas, no os pongáis en los primeros puestos, no sea que haya sido convidado otro más digno que vosotros y el que os ha convidado os diga: Dejad sitio a éste y tengáis que ir con vergüenza a ocupar el último lugar. Al contrario, cuando seáis convidados, sentaros en el último sitio, para que cuando venga el que os convidó, os diga: Amigo, sube más arriba; y con eso tendréis gloria delante de todos los que están sentados con vosotros.

.....
No son estos tiempos, tiempos de humildad. Todos pretenden colocarse en los puestos que más puedan destacarlos de la oscuridad en donde han vivido siempre. Cualquiera circunstancia la encuentran propicia para sentarse en el lugar de más ostentación. La vanidad y el orgullo ciegan a los hombres que se creen con méritos para distinguirse entre los demás.

Siempre son, por lo regular, los que menos merecimientos tienen los que más quieren destacarse. El hombre sabio, inteligente, distinguido por sus méritos, procura escabullirse en el último rincón de la mesa del convite. No suele ser el exceso de humildad lo que les hace ocultarse a los demás, sino que creen sinceramente que su personalidad no merece honores de los hombres, se creen inferiores a ellos y ceden gustosos los primeros puestos, hasta que quien les ha convidado también advierte su presencia y llenándoles de honores les señala el puesto que les corresponde.

En estos tiempos de ambiciones, de egoismos, de ausencia completa de amor al prójimo, de apetencias de poder y de

mando, los audaces, los incapaces, los inútiles son los que quieren ocupar las primeras filas, hasta que la inteligencia de las personas que les observan y son las encargadas de distribuir a los convidados en el banquete de la vida, les señala el puesto que verdaderamente les corresponde y dice a los humildes, a los que llenos de méritos se han sentado en el último rincón: Sube a tu puesto para llenarte de gloria y hacer felices a tus prójimos.

No obstante, en el barullo de la vida, los vanidosos se agolpan precipitadamente en los puestos de honor, con gran perjuicio de los inteligentes, de los bondadosos y de los verdaderos sabios.

El mundo está lleno de hombres vanos, y de hombres mediocres que han sabido llegar a los primeros puestos, ocasionando la ruina y el desprestigio de quienes han caído bajo su autoridad. No es esta la hora de las inteligencias, sino de la audacia, por eso las consecuencias las padecen todos los países. Hombres sin espíritu religioso, que han olvidado la moral y la dignidad humana, no reparan en medios para conseguir sus ambiciones y rechazan las doctrinas que hablan de una recta conciencia, de la honradez, de la sobriedad, por que esas doctrinas son contrarias a sus egoismos y de llevarlas a la práctica habían de tener que refugiarse en la oscuridad de sus hogares donde nada fueron y donde nunca debieran de haber salido.

Cuando la moral cristiana sea la norma de conducta de los hombres y de los pueblos, la paz volverá a reinar en el mundo y el amor y la buena voluntad suavizará todas las diferencias que de continuo surgen entre los países todos del orbe.

Que la pasión no ofusque a esos hombres y que un rayo de amor abra sus corazones a la santa moral cristiana que Jesús de Nazaret predicó en sus Evangelios, enseñándonos a todos a obrar de tal manera que con nuestro modo de vivir hiciéramos más afegre nuestra estancia en este valle de dolor.

Y sin embargo, los hombres, parece se han empeñado en no ser felices ni hacer felices a los mortales que con ellos conviven en este desgraciado planeta que gobiernan.

.....
...Y Jesús de Nazaret, terminó diciendo:

—Porque todo el que se ensalza así mismo será humillado, y el que se humilla así mismo será ensalzado.

R.

Comentando

AVICULTURA

¿Quién ignora en este mundo que yo tengo grandes aficiones a la avicultura? Nadie. Todos lo saben, y también saben que estas aficiones, como cualquiera otras traen tras de sí una innumerable lista de gastos. Lo curioso del caso es que en la casi totalidad de las aficiones, los gastos que se realizan son para cosas que al motivo de la afición le vienen del lado. Es decir, por hablar algo en un lenguaje que se entienda mejor, son como hermanos políticos de la afición. Son gastos por afinidad. En el caso presente, mis gastos

son más grandes por este lado que por el directo de compra de gallinas, huevos, alimentos, etc.

Sé o creo saber, todo lo que se necesita para ser un verdadero avicultor, pero tengo la fiebre de los libros. Tengo el Durringgen, el Castelló, el Crespo, y otros diez o doce textos más, aparte de revistas y publicaciones diversas. Pero mi vicio, pues así puede llamarse va mucho más lejos. Busco y rebusco estos libros por todas partes, y casi ofrezco premios y primas a quien me los encuentre. No hay editorial ni librería de toda España, a la que yo no haya escrito preguntando si tienen algún libro de avicultura que yo no tenga.

En una ocasión vi en un escaparate de una ciudad vecina un libro titulado «El Gallo». Dada la prisa de mi viaje, no pude detenerme a comprarlo, pero decidí aprovechar la primera ocasión que se me presentase para adquirirlo. Los días pasaban y la dichosa ocasión esperada no se presentaba. Parecía que estaba de malas. Yo que cada tres días, a lo sumo, y dadas mis

ocupaciones cotidianas, me veía precisado a visitar aquella ciudad, ahora que tenía verdadero interés en hacerlo, me veía aprisionado en mi casa, precisamente por las mismas ocupaciones que otras veces me sacaban de ella a regañadientes.

Pasó un día y otro día
y un mes y otro mes pasó

Esto que fué dicho por un buen poeta, es una verdad como un templo, si se quiere aplicar a mi caso. Pero como todo lo de este mundo es caduco y todo lo de esta vida pasa y tiene fin, un buen día un amigo mío se tuvo que marchar a pasar la tarde a la vecina ciudad. Aproveché la ocasión. Le indiqué claramente que me comprase aquél libro que para mí era un tesoro y esperé ansioso la vuelta del viajero para que me lo trajese. Al fin, llegó la ansiada hora de su regreso. Fuí a buscarle a la Estación, y allí me entregó el codiciado paquete que me traía. ¡Qué bien envuelto estaba en su papel de seda, con sus precintos y cordeles! Parecía que el librero o mi amigo, o los dos de común acuerdo, lo habían empaquetado así para

más tentar mi paciencia. Pero me vencí. Los hombres tienen que demostrar serlo hasta en estos detalles insignificantes. Disimulé mi impaciencia y me fuí a casa con mi querido paquete.

Ya sólo lo desempaqueté con esmero y cuidado, y ante mis ojos apareció el tan ansiado libro. Ahora sí que iba a aprender cosas de avicultura. Aquél libro, como era el último que se había publicado, traería cosas nuevas. Sus consejos serían los últimos adelantos de la ciencia. Quizás mis gallinas, tratadas de conformidad con sus consejos, empezasen a poner tres o cuatro huevos al día...

Abri sus primeras páginas y no morí porque estoy aquí. Pero me faltó muy poco. Tuve que leer con los ojos nublados por la sangre lo siguiente: El Gallo. Historia de su toreo. Anécdotas de su vida. Consejos sobre la lidia de toros.

¡Y yo no tengo nada de afición a la fiesta nacional!

HERO

Solución al jeroglífico núm. 40, por Morán:
«En un cuarto cerrado»



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

ESTUDIOS PRACTICOS DE COMERCIO

Profesor: **JUAN MANUEL ORTEA CORUJO**

Licenciado en Derecho y Apoderado de Banca

Curso intensivo.—Un año. Preparación de empleados de oficina en general.

Tres cursos de Carrera de Comercio.—Con preparación completa de los conocimientos generales y especiales de Contabilidad práctica.

Preparación para ingreso en la Banca privada.—Para concurrir a los exámenes que se celebren en toda España.

NOTA.—Los estudios serán, en su mayor parte, de carácter práctico.

Muralla, 7, 1.º Teléf. 3988 **GIJÓN**

HORAS: de 6 a 9 de la tarde

Arbués

Alvarez
Garaya, 25
Teléf. 1230

GIJÓN

Materiales de
Saneamiento
y
Construcción

Cuartos de baño,
cocinas, etc.

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 **GIJÓN**

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 **GIJÓN** Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 **GIJÓN** Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 **GIJÓN** Moros, 56

La

CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)